

DAVID MARCILHACY: *Raza hispana: hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, 641 págs.

Se nos presenta aquí un exhaustivo estudio del surgimiento y desarrollo del concepto de raza hispana hasta su institucionalización en la festividad del 12 de octubre por primera vez en 1918, llamada entonces «Día de la Raza», denominación con la que hasta hoy mismo mucha gente de generaciones anteriores a la nuestra identifica aún esa fecha. Pero será cuando nos acerquemos al final del libro que descubriremos cómo esa denominación («Día» o «Fiesta de la Raza») fue oficial incluso en la II República y hasta el año 1958, ya en pleno franquismo, cuando la festividad pasó a denominarse «Día de la Hispanidad», y que con esta etiqueta perduró hasta 1987, superada la Transición, cuando el consenso entre las fuerzas políticas de entonces alcanzó a red denominarla «Día de Fiesta Nacional de España», expresión oficial que llega hasta hoy y con la que desaparece paradójicamente cualquier referencia al Descubrimiento y a la vocación americanista, que fue precisamente el impulso motivador principal para escoger esta fecha como festiva en nuestro país.

El libro se divide, incluso físicamente por medio de un conjunto de láminas con reproducciones alusivas a la festividad, en dos partes aproximadamente iguales en extensión y claramente diferenciadas en el fondo: una primera, donde se hace un seguimiento del concepto teórico de raza hispana que abarcaría aproximadamente las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del XX; y una segunda parte donde se describe pormenorizadamente la gestación institucional de la festividad desde los prolegómenos de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892 hasta el decreto de 15 de junio de 1918 en el que se le otorgó rango oficial, y de ahí hasta el final del reinado de Alfonso XIII. En la primera parte se da cuenta sobre todo de autores como Cánovas, Castelar, Altamira o Ganivet, sin olvidar a Labra, Menéndez Pelayo, Unamuno y, en América, las figuras del uruguayo José Enrique Rodó, autor del decisivo *Ariel* (1900), o del cubano Fernando Ortiz, que polemizó con Altamira, a quien reprochaba cierto neo-racismo. La segunda parte se centra en la actuación de organismos políticos y culturales, como la Real Sociedad Colombina Onubense o la Unión Ibero-Americana, por ejemplo, y de periódicos y revistas, como *Raza Española* entre otras, que incidieron decisivamente en la gestación de la festividad en su aspecto institucional, sin olvidar las iniciativas en el mismo sentido desde el otro lado del Atlántico, como la del presidente argentino Yri-goyen.

El autor nos explica al comienzo de la segunda parte cómo la escasa bibliografía existente sobre esta efeméride toma impulso con las celebraciones del V Centenario, en 1992. Cabe afirmar, pues, que este libro se erige en el principal referente del tema que nos ocupa. Estamos ante un género historiográfico que se centra en el estudio de los símbolos de las identidades colectivas, en este caso de las festividades oficiales, dentro de una tradición historiográfica del hispanismo francés en la que encontramos precedentes ya clásicos como *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación* (1999) de Carlos Serrano, maestro del propio autor del libro que comentamos.

A mi juicio, el mayor interés de esta obra está en el nexo que establece entre un acontecimiento institucional, político y social, como es la aparición de una fecha festiva donde antes no existía y que ha durado hasta hoy (lo que nos sitúa en un espacio intermedio entre la historiografía política y cultural, territorio de identidad y de memoria) y lo que es un aspecto también de la historia cultural pero situado en un estrato más profundo, centrado en el estudio del concepto de raza hispana, que nos coloca en la trastienda de ese ámbito simbólico identitario al que acabamos de aludir y nos introduce de lleno en otro sector historiográfico aledaño y de fructífera producción reciente, como es la llamada historia de los conceptos, bien arraigada en Espa-

ña sobre todo desde la que ya podríamos denominar escuela de Javier Fernández Sebastián, Catedrático de Historia del Pensamiento Político en la Universidad del País Vasco e impulsor de un vasto programa de investigación atlántica (Iberconceptos) que desde el año 2006 está proporcionando óptimos frutos, sobre todo en la comprensión de los inicios de la modernidad iberoamericana (o salto del siglo XVIII al XIX) con el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* (2009), sin olvidarnos de los dos Diccionarios de conceptos políticos y sociales de España, dedicados respectivamente a los siglos XIX y XX, dirigidos ambos por Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, que David Marciilhacy conoce bien y cita repetidamente a la hora de analizar cómo el concepto de raza vino, a finales del XIX y comienzos del XX, a sustituir a los de pueblo, nación y patria, tríada clásica de una modernidad política que, por diversas razones, no acababa de cuajar en España: bien porque el concepto de pueblo se había quedado demasiado impregnado de resonancias revolucionarias, bien porque el concepto de nación impulsado por las élites liberales no había sido posible infundirlo a las masas, bien porque el de patria se quedaba demasiado constreñido al ámbito peninsular y no podía despertar solidaridades del otro lado del Atlántico. Así se fue gestando un concepto como el de raza hispana con el que se quería vehicular una gran empresa transoceánica con dos grandes objetivos: por un lado, intentar aglutinar a la población española, desorganizada completamente tras un siglo de guerras civiles, atravesada por el surgimiento de una potente reivindicación social y desvertebrada por unas identidades regionales que apelaban desde el resentimiento a la desvinculación respecto de la patria española, y, por otro lado, embarcar en un proyecto común a las nuevas repúblicas americanas deseosas de encontrar nexos de unión frente a sus propios peligros desestabilizadores, tanto exteriores (la influencia estadounidense exacerbada desde la doctrina Monroe) como interiores (las reivindicaciones indigenistas sobre todo).

En el relato de este magno proyecto iberoamericanista centrado en el concepto de raza hispana, el autor tiene que desprenderse de algunas de las derivaciones que le salen al camino y por eso se centra en un precedente claro, como fue el panhispanismo iniciado en los años treinta del siglo XIX, y recorre luego un itinerario marcado por los diferentes movimientos de reivindicación de la raza ibérica y latina que, a partir sobre todo de los inicios de la restauración canovista, arraigaron en España, al calor de las diferentes etapas del desarrollo cultural (introducción del darwinismo y del positivismo) y político (derrota francesa de Sedán, unificación de Alemania y auge de la raza germánica frente a la latina). Hay incluso un episodio que podríamos denominar de «guerra de razas» a la hora de decantar el definitivo resultante

de raza hispana, cuando los promotores de la efeméride se dan cuenta de que la reivindicación latina puede perjudicar a la propiamente ibérica, que quedaría entonces subsumida bajo aquélla, dentro de un contexto internacional en el que Francia o Italia intentarían sacar partido de su influencia en los diferentes países de Iberoamérica.

Muchas son las cuestiones que suscita la lectura de este libro, sobre todo las referentes a la introducción y desarrollo del concepto de raza en el discurso de las élites intelectuales y políticas en España durante todo el XIX. Basten a continuación sólo unas pocas de esas posibles referencias, suficientes no obstante para convertir el concepto de raza en lo que es con todo derecho: un elemento heurístico de primer orden para entender el desarrollo del nacionalismo español pero sobre todo, y antes que eso, el surgimiento de los nacionalismos llamados periféricos en España. Sabemos, como el autor nos recuerda, que el concepto de raza hispana, como los de las demás variantes raciales europeas coetáneas, alberga una indudable raigambre biologicista, puesto que de las ciencias naturales y de la taxonomización antropológica deriva. En principio significaría que las supuestas condiciones biológicas humanas diversas producirían caracteres y aptitudes diferenciados, con su consiguiente repercusión en los países respectivos, en forma de ciclos de expansión, sostenimiento y decadencia. Quienes más insistieron en estas características de la raza fueron los sectores intelectuales más progresistas, fiados más que los conservadores de las virtudes liberadoras de la ciencia. Y en España el krausismo, como es sabido, basó en elementos biológicos y organicistas su concepto de sociedad y autores de esa escuela, como Manuel Sales y Ferré, el primer titular de una cátedra de sociología en la universidad española, estableció un nexo directo entre la decadencia española y su decaimiento físico como raza (ver las clásicas monografías sobre este autor de Jerez Mir y Núñez Encabo). En cambio, desde el conservadurismo, Cánovas siempre sostuvo que el de raza era sólo uno de los ingredientes, y no el más decisivo, para entender el concepto de nación española (nos remitimos a su famoso «Discurso sobre la nación» en el Ateneo de Madrid, de 1882). No obstante, quien primero saca partido de la decadencia de la raza española es Sabino Arana Goiri, que descarta toda relación entre la raza vasca y la raza ibérica (tal como sostenía hasta entonces el mito del vasco-iberismo) para fundar el nacionalismo vasco. Su propuesta llevaba directamente de la raza vasca, supuestamente aislada de todas las demás, a la reivindicación de la independencia política: «Bizkaya ha sido los pasados siglos legítimamente independiente, por serlo innata y originariamente» [*Pliegos histórico-políticos (I)*, 1886-1888, en *Obras Completas de Sabino Arana Goiri*, Donostia, Senda, 1980, 3 vols., I, 75]. Hoy también sabemos que el nacionalismo catalán,

el que se inicia con Valentí Almirall casi al mismo tiempo que el sabiniano, tiene un componente esencial racista que quiere desvincular la raza catalana de la española (ver Francisco Caja: *La raza catalana: el núcleo doctrinal del catalanismo*, Madrid, Encuentro, 2009). Jon Juaristi, que prologa este libro que acabo de citar, conoce los vericuetos del relato historiográfico basado en el concepto de raza y nos explica en *El bosque originario* (Madrid, Taurus, 2000) las vicisitudes de los pueblos europeos y entre ellos las de los íberos, celtas, vascos, latinos y godos considerados por su arraigo entre los Pirineos y Gibraltar. Los godos, en particular, están a la espera también de un relato que dé cuenta de su propio ciclo de auge y decadencia, puesto que las obras de historiografía clásica española de mediados del XIX y la mayoría de los discursos de ingreso en la Real Academia de la Historia del período los sitúan siempre como protagonistas de la Historia de España [ver Benoît Pellistrand: *Un discours national?: la Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004, espec. págs. 203-211], para luego, a partir de la Restauración, quedarse sólo como mito estamental, marca de estirpe nobiliaria para el portador (ver Juaristi, *op. cit.*, pág. 195) pero sin trascendencia decisiva en la conformación de lo que luego resultó raza hispana, a tenor de lo que nos explica Marcilhacy.

Por lo que se refiere a ciertos autores que aquí aparecen, la trayectoria de Marcelino Menéndez Pelayo, dentro de su ubicación en el sector conservador de la intelectualidad española del momento, no deja de ser sugerente por muchos motivos. El santanderino defendía la latinidad de la raza española, en particular frente a la raza germana a la que detestaba en todas sus manifestaciones: lo mismo le daban los godos que los krausistas. Sin embargo, y en vista de que lo latino fue postergado frente a lo ibérico en la construcción de una raza hispana común a ambos lados del Atlántico, podríamos pensar que el latinismo de Menéndez Pelayo también fue sacrificado a esa empresa patriótica y por ende americanista. No obstante, sabemos que Menéndez Pelayo secretamente abogaba por lo ibérico dentro de lo latino, pero no lo manifestaba públicamente porque no quería que le confundieran por eso con los republicanos (lo cuenta Javier Varela en su *La novela de España*, Madrid, Taurus, 1999, pág. 54). Entre estos últimos, y de una manera muy activa, Castelar aparece en cuantos acontecimientos o declaraciones tienen que ver tanto con la reivindicación de la raza latina como de la ibérica (ver Javier de Diego Romero: *Imaginar la República*, Madrid, CEPC, 2008, págs. 213-231).

Unamuno previno desde el principio contra la utilización de este concepto de raza hispana, proponiendo en su lugar la lengua española como vínculo de unión entre los iberoamericanos de ambas orillas del Atlántico. La pro-

puesta iba en consonancia con lo que el autor de *Paz en la guerra* escribía por las mismas fechas en que se estaba institucionalizando el 12 de octubre como «Día de la Raza»: artículos como el titulado «Mi raza» (publicado en 1916 en Buenos Aires y en 1920 en México), que no era otra que la vasca, y otros del mismo estilo donde decía: «El que esto escribe es vasco, vasco de origen por sus raíces todas, vasco de nacimiento, vasco de educación; jamás ha renegado de su raza, lo tiene por la mayor acaso de sus ventajas y por eso lo expresa en español. (...) El mismo Sabino de Arana, el fundador del bizkaitarrismo, pensaba y sentía sus quimeras en español —de Albia—, que era su lengua natural, y que ha sido y es la lengua de la civilización vasca» (en «La unificación del vascuence», publicado en Buenos Aires en 1920: todos estos datos en *Obras Completas de Miguel de Unamuno*, Madrid, Escelicer, 1966, tomo IV, págs. 261-273). A rebufó de esta postura, pero con un punto añadido de beligerancia más racial que lingüística (como se refleja en su polémica con el argentino Leopoldo Lugones recogida por Marcilhacy), tenemos la figura de José María Salaverría, periodista muy activo entonces y autor de *Afirmación española* (1917), de quien habría que recordar también que empezó escribiendo con seudónimo en la revista *Euskal-erria* de San Sebastián artículos como el titulado «¡Viva Euskaria!», por el que un Sabino Arana que estaba iniciando su trayectoria política, en 1893, sintió un vivo interés y le escribió incluso una carta que no llegó a su destinatario (el episodio, en *Historia del Nacionalismo Vasco en sus Documentos*, Bilbao, Eguzki, 1991, tomo IV, págs. 660-661). Quiere decirse que hay personajes muy importantes en el relato de construcción de la raza hispana que nos muestra David Marcilhacy que tuvieron un contacto directo con el proceso de gestación de una raza vasca como identidad política. Y aquí los tiempos son importantes: para cuando apenas se inicia el largo proceso de institucionalización como fiesta del 12 de octubre en 1892, que no culminaría hasta 1918, los nacionalismos catalán y vasco ya tienen configuradas sus respectivas razas y están listos para empezar su labor proselitista y secesionista. Por poner un último ejemplo significativo tenemos el del periodista Mariano de Cavia, que aparece aquí como uno de los más influyentes creadores de opinión de entonces, cuyos artículos en *El Imparcial* y en *El Sol* fueron decisivos para que el 12 de octubre se convirtiera en «Fiesta de la Raza». Pues bien, al propio Mariano de Cavia lo vemos siendo objeto de las iras y de la mordacidad más acerba de que era capaz Sabino Arana en *Bizkaitarra* (ver *Obras Completas de Sabino Arana Goiri, op. cit.*, págs. 297-300) porque aquél no había tenido por menos que reprobar el artículo «Nuestro invasor» (*Bizkaitarra*, n.º 8, 22-IV-1894) de Teófilo Guiard, colaborador de Arana entonces. Leer este artículo (está en la Red digitalizado por la Hemeroteca Municipal de

San Sebastián) permite comprobar cómo Mariano de Cavia pudo, con su lectura, armarse de razones para trabajar por la instauración de una raza hispana que viniera a poner un poco de cordura a lo que estaba pasando en el cambio del siglo XIX al XX en España y en sus periferias identitarias.

La deriva final del concepto de raza hispana, con la dictadura primorriverista, hacia posiciones abiertamente reaccionarias, acabó por distanciar a grandes sectores de la población española, en vísperas de la II República, de ese ideal integrador. Con lo que el resultado, para el período restauracionista, de ese sueño inicial de una raza hispana, no ya como nexo común a los hispanoamericanos de ambas orillas del Atlántico sino tan siquiera como aglutinante de la población española, siguiendo las conclusiones de David Marçilhac, no podría calificarse, siendo benévolos, sino de muy modesto.

*Pedro José Chacón Delgado*

Universidad del País Vasco